

La mayoría de los relatos empiezan por el principio, pero realmente yo no puedo afirmar que sepa cuándo empezó este. ¿Fue en una decadente mansión de una pequeña isla del Pacífico Noroccidental, o en una desvencijada furgoneta azul marino? ¿Empezó cierto día soleado de este mismo año, o un día soleado veinte años atrás? ¿Me sucedió a mí o a un muchacho que mucho, mucho tiempo antes, creía estar transformándose en rata? Me temo que lo único que sé es que todo comenzó para mí a bordo de un desvencijado vehículo azul marino que se dirigía a un lugar cuya existencia yo ni siquiera sospechaba. Un lugar que habría de cambiar mi vida.

-Creo que nos vendremos a vivir aquí. Creo que deberíamos mudarnos, mamá -decía Sophie.

-No nos mudaremos.

-Pero si nos viniésemos a vivir aquí, podríamos ir a bañarnos y comprarnos una barca.

-No nos vendremos a vivir aquí -insistió mi madre.

Yo estiré el brazo y puse la radio, a todo volumen.

-Margaret, estoy intentando hablar -protestó Sophie, apagándola de golpe.

-Y yo estoy intentando pensar -repliqué.

-¿En qué?

-Si te callas cinco minutos, a lo mejor te lo digo -eso era algo que siempre funcionaba.

Mi hermana pequeña cruzó los brazos, inspiró hondo y se quedó quieta. Yo miré por encima de ella, a mi madre, ocupada en morderse una uña de su mano izquierda hasta llegar a la piel.

-Deberías sostener el volante con las dos manos, mamá -le aconsejé-. Sobre todo en las curvas.

Sophie expulsó aire como si saliera a la superficie desde las profundidades marinas.

-No han pasado cinco minutos -le dije-, ni mucho menos -y añadí-: ¿Mamá?

Lizzie no contestó, ni siquiera miró en mi dirección; se limitó a dar un último bocado antes de aferrar el volante con ambas manos. Al segundo de volverme hacia la ventanilla, ella volvió a la carga por donde yo sabía que lo haría: dedo anular, mano derecha. Observe su reflejo en la ventanilla. Mordisco, mordisco, tirón. Miré también a Sophie: tenía los mofletes abultados como manzanas duras, redondas. Esa era mi familia.

Desistí. ¿Tan mal irían las cosas como para estrellarnos y morir en una carretera de aquella isla remota? Por mucho que yo me preocupara en aquel momento, mi madre era capaz de conducir con los pies.

-Ya han pasado los cinco minutos -anunció Sophie en voz alta.

Miré mi reloj. No habían transcurrido ni dos.

-¿Y?- dije.

Fuera, olas coronadas de blanco se estrellaban contra la playa rocosa. Abrí la ventanilla para permitir que el aire fresco entrara en la furgoneta. Estábamos a mediados de marzo, a tan solo una semana del comienzo de la primavera y el aire olía a tierra mojada y a flores.

-Ahora te toca a ti. ¿En qué estás pensando?

Subí la ventanilla, volví a bajarla, tarareé una canción y luego miré de reojo a mi madre. Había acabado con sus uñas y empezaba a morderse la piel de su labio inferior.

-Me estaba preguntando por qué tanto misterio -dije.

Sophie miró directamente a nuestra madre.

-No todo es un misterio -dijo-. Sabemos algunas cosas.

Mi hermana y yo somos como un balancín: cuando yo estoy en mis momentos más bajos, ella está arriba, en lo alto.

-No -contesté-. No las sabemos.

Pero a pesar de haber dicho eso, yo sabía que Sophie tenía razón; algo sabíamos.

-Podemos deducir que tenemos algo en esta isla -especulé-, y que venimos a venderlo. ¿Qué puede ser? Yo ni siquiera me acuerdo de haber estado aquí alguna vez. ¿Y tú, Sophie?

Sophie negó con la cabeza, los ojos clavados siempre en Lizzie. Suspiré, y volví la espalda a la ventana. La respuesta no vendría de nuestra madre, estaba segura. Pero el tiempo lo diría. Había un letrero en la parte trasera de la furgoneta que decía: En Venta. Razón: propietario. La respuesta nos la daría el tiempo. Así sería.